

“La poesía morará conmigo”

Ricardo Molinari

Me gusta el paisaje bucólico, el campo, los árboles; también me gusta mucho la llanura. Estos gustos míos creo que los he expresado hasta el hartazgo en mis poesías... Me viene a la memoria un paisaje del Paraguay, un atardecer... Los atardeceres del Paraguay eran cautivadores. Recuerdo que me hallaba en una señorial y secular casona que perteneció al Mariscal López, o a Madame Lynch, su mujer, sentado a una mesa y comiendo en compañía de altos personajes (no me pregunte si de la política o de la poesía, ya no recuerdo), y el atardecer iba incendiando los corredores de la casa, y, de pronto, unas aves se posaron sobre la mesa y empezaron a picotear en nuestros platos como si estuvieran amaestradas. Quedé sorprendido. Mis anfitriones seguían como si tal cosa. Reinaba un silencio total; sólo se oía el ruido de nuestros cubiertos y de tanto en tanto el veloz picotear de los pájaros... Pero lo que más me cautivaba era el crepúsculo. Jamás vi un atardecer parecido al del Paraguay. Ni siquiera los que vi en el Uruguay, en Paraná, o en “Los Talas”, la estancia de un amigo, en la provincia de Buenos Aires, en donde me refugiaba cuando me echaban de los empleos públicos, me deslumbraban tanto como los de la misteriosa y montaraz tierra guaraní. Tengo vivo en la memoria el recuerdo de ese pueblo. Y de sus poetas, su calor, sus oscuras polvaredas, sus lomas coloradas...

En aquella beatitud del Paraguay, de sus aves, de su cielo, me sentí lleno de un sentimiento divino. Todo el amor de la hora estaba en mí, el crepús-

*De una entrevista realizada por Armando Alma de Roche y publicada en la revista *Papirus* Nro. 9, Buenos Aires, 1992.

culo se me revelaba como el vínculo eucarístico que enlazaba la noche con el día... Seguían comiendo las aves de nuestros platos, y sobre las casas se tendía el último rayo de sol. Por aquel paisaje luminoso se remontaron mis ojos... Entonces sentí lo que jamás había sentido. Bajo las tintas del ocaso estaba la tarde quieta, dormida, eterna...

Las palabras son engendradas por nuestra vida de todas las horas, donde las imágenes cambian como las estrellas en las largas rutas del mar, y nos parece que un estado del alma exento de mudanza finaría en el acto de ser. Y, sin embargo, esta es la ilusión fundamental del éxtasis, momento único en que las horas no fluyen, y el antes y el después se juntan como las manos para rezar. Beatitud y quietud, donde el goce y el dolor se hermanan, porque todas las cosas al definir su belleza se despejan de la idea del Tiempo.

Este momento efímero de nuestra vida contiene todo el pasado y todo el porvenir. Somos la eternidad, pero los sentidos nos dan una falsa ilusión de nosotros mismos y de las cosas del mundo. Velos de sombras, fuentes de error más que de conocimiento, nuestros sentidos sacan el hoy del ayer y crean la vana ilusión de todo saber cronológico, que nos impide el goce y la visión infinita de Dios. El poeta, como el místico, ha de tener percepciones más allá del límite que marcan los sentidos, para entrever en la ficción del momento, y en el aparente rodar de las horas, la responsabilidad eterna.

La poesía es mi musa constante, es una suerte de divagación que me permitió soportar los sufrimientos, esa porción del tiempo que se destruye en nada y arranca inmutable de las nieblas y del sabor del alma... A veces me pregunto para qué sirve la poesía. A lo largo de mi frecuencia literaria he tratado, dentro de la limitación humana, de atinar con el momento en que el ángel del lenguaje se posa en una palabra y le infunde y sobrellena su ser de intenso fulgor poético o misterioso... Creo que le he dicho ya esto. Discúlpame, pero la memoria me juega malas pasadas. Tengo la sensación de que todo lo que digo ya lo dije, y así hasta el infinito... Después de todo el hombre no es más que una sarta de repeticiones, ¿verdad?...

La poesía no es inalterable, admite tantas interpretaciones como la sensibilidad del lector quiera darle. Pero no es explicable, a mi modesto entender, aunque haya quien quiera "aclararla", que es lo mismo que destruirla... ¿Le satisface mi respuesta? Esta pregunta me la han hecho cientos de veces... La literatura es un trabajo duro, duro e inútil que requiere dedicación exclusiva. Poesía, por ejemplo, en sentido absoluto, es arte de

minorías. De ámbito particular. Permanece en quien lo escribe como un bien íntimo. Puede servir para muchas cosas, y para nada. Así de simple.

¿Qué quiere que le diga?... Es un misterio. No tengo respuesta para explicarla. Además, a esta altura de mi vida, no me preocupa; que venga cuando quiera. Me tiene sin cuidado. Todos los días -ahora más que nunca- la espero aquí sentado mientras miro por la ventana y me dedico a rumiar recuerdos, como las vacas... Por momentos deseo morirme y por momentos no. Me asusta el misterio, la incógnita, el adónde vamos... Súmele a todo eso la soledad en la que me muevo, los muros de esta cárcel que me aprisiona. En fin, confío en que la poesía morará conmigo vaya donde vaya...

POEMA

Tu pesadumbre es tan profunda
como mi sentimiento,
donde ya existían
mi desamparo y tu soledad.
Qué pocas cosas puedo decirte, la torpeza
se demora en mi lengua,
cómo encontrar la palabra,
de qué valle, oh misterio, llegó tu imagen.
Lo frágil del destino
encamina todos mis pasos
hacia ti.
Tal vez en algún momento
llegue a oírme.
¿Dónde irá mi nostalgia el día que me muera?
Respiro la tristeza del aire,
en mi soledad callada,
y un río de ceniza